

## **Partido de masas, partido clandestino. Redes, activismo y militancia comunista bajo el franquismo\* .**

Cristian Ferrer González  
Centre d'Estudis sobre les Èpoques  
Franquista i Democràtica  
Universitat Autònoma de Barcelona

**Resumen:** Tras la Guerra Civil española y la cruenta represión de posguerra las redes sociales tejidas por las clases populares quedaron desarticuladas y sumergidas en la más estricta cotidianidad. La militancia de preguerra a menudo se mantuvo entre el ámbito familiar y los entornos sociales más cercanos. Muchos fueron los que se resignaron tras la derrota y partieron hacia el «exilio interior», quedando políticamente desactivados. Sin embargo, unos pocos persistieron en su activismo político adaptándolo a la nueva situación de excepción permanente. Bajo la aparentemente inquebrantable *pax* franquista, minorías resistentes no cesaron en el intento por (re)tejer núcleos militantes inconexos. Fue una tardea ardua, costosa y no exenta de disensiones internas. Sin embargo, de un modo lento y progresivo, lograron eludir la represión franquista y articular crecientes colectivos organizados bajo la bandera comunista, hasta el punto que se convertiría en el partido clandestino más numeroso y de mayor presencia pública en la España franquista, a comienzos de la década de los setenta. Con el fin de analizar la evolución de la militancia comunista durante la etapa de rearticulación de células clandestinas y de su reconexión con las clases populares —desde la postguerra hasta inicios de los años sesenta— nos centraremos en las redes de socialización, los espacios de sociabilidad y las experiencias militantes de activistas que participaron en acciones contra el régimen en la Cataluña de comarcas.

**Palabras clave:** Antifranquismo – comunismo – sociabilidad popular – cultura política

**Abstract:** Popular classes social networks collapsed after the Spanish Civil War and the bloody post-war repression. They remained strictly confined to the underground of daily life. Pre-war militancy was often maintained among relatives and in the immediate social surrounding. Most of activists gave up after the defeat and started their «internal exile», becoming politically demobilized. But some few persisted in their political activism by adapting it to the new permanent exception situation. Under the apparently unbreakable Franco's peace, resistant minorities did not give up connecting scattered militant groups. It was a hard work not without internal dissensions. Nevertheless, in a slow but progressive way, they were able to elude repression and remake growing groups organized under the communist flag. Thus the Communist Party managed to become the most numerous and influential clandestine party in the Francoist Spain of the early seventies. In order to analyse the evolution of communist militancy during the process of remaking of clandestine cells and the period when they reconnected with the popular classes – from the post-war to the early sixties – we will focus in socialization networks, sociability spaces and militant experiences of those activists who took part in actions against the regime in the Catalan countryside.

**Key words:** Anti-francoism – communism – popular sociability – political culture

---

\* Esta investigación se inscribe en el proyecto HAR2012-31431 en el que participa el autor en virtud de una beca de Formación de Personal Investigador concedida por el Ministerio de Economía y Competitividad español. E-mail: cristian.ferrer@uab.cat. Twitter: @CristianFerrerG.

## I.

Numerosos son los estudios que muestran la trabazón existente entre militancia comunista y antifranquismo, así como la relación entre los movimientos sociales de oposición a la dictadura y el mismo final del régimen franquista. Pese que en la última década se han producido unos pocos aunque remarcables intentos por hacer una historia social del antifranquismo, a día de hoy siguen siendo a todas luces insuficientes debido a la fragmentación de las temáticas abordadas. La desconexión, por así llamarlo, entre los estudios socioculturales y aquellos que han abordado específicamente la conflictividad social bajo el franquismo, es elocuente.<sup>1</sup>

La fragmentación no es sólo temática, sino también territorial. La atención preferente de la historiografía se ha centrado —como es lógico— en las zonas de mayor conflictividad, que eran también las más pobladas e industrializadas del Estado. La tradicional falta de atención al medio rural debe matizarse, sin embargo, ante el aumento de estudios que han abordado la conflictividad en aquellos espacios «secundarios» en términos de movilización social.<sup>2</sup> Si bien carecemos aún de grandes paradigmas explicativos, puesto que éstos se hallan en construcción, algunos de esos primeros estudios parecen apuntar hacia un cierto aislacionismo y excesiva especificidad de la conflictividad rural respecto a la de las áreas metropolitanas. Sin pretender negar *in toto* los códigos culturales del campesinado familiar, tampoco podemos obviar la integración socioeconómica del territorio y, por lo tanto, la interdependencia realmente existente entre ambos espacios. Las juventudes obreras y agrarias de Acción Católica ya se enfrentaron a esa problemática a mediados de los sesenta: «la realidad de los pueblos de nuestra región, debido a la industrialización,

---

<sup>1</sup> Probablemente uno de los intentos más completos sea la obra colectiva de Manuel BUENO y Sergio GÁLVEZ (eds.): «*Nosotros los comunistas*». *Memoria, identidad e historia social*, Sevilla, Atrapasueños, 2009.

<sup>2</sup> Sin pretender ser exhaustivos, podríamos destacar María T. ORTEGA: *Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1936-1977*, Granada, UGR, 2003; Antonio HERRERA: *La construcción de la democracia en el campo (1975-1988). El sindicalismo agrario socialista en la Transición española*, Madrid, MAGRAMA, 2007; Óscar J. MARTÍN: *A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977*, Madrid, Catarata, 2008; Claudio HERNÁNDEZ: *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, UGR, 2013; Ana CABANA: *La derrota de lo épico*, Valencia, PUV, 2013; Daniel LANERO (ed.): *Por surcos y calles. Movilización social e identidades en Galicia y el País Vasco (1968-1980)*, Madrid, Catarata, 2013; Cristian FERRER: *Lluitadors quotidians. L'antifranquisme, el canvi polític i la construcció de la democràcia al Montsià (1972-1979)*, Lleida, UdL, 2014.

turismo, etc., se hallan muchas veces, en la práctica, actuando en el mismo ambiente, la JAC y la JOC».<sup>3</sup>

Si bien es cierto que existen una serie de investigaciones previas que nos aportan una buena base de análisis para el estudio del quehacer de la gente corriente que decidió militar en el que se erigiría como el principal partido del antifranquismo en unas condiciones de excepción permanente, igual de cierto es que todavía nos falta abordarlo desde ópticas que huyan de explicaciones reduccionistas y unicasales.<sup>4</sup> A ello pretende contribuir el texto que presentamos, apuntando algunas cuestiones que necesariamente deberán desarrollarse en ulteriores estudios. Preferentemente, nuestro enfoque se ha centrado en lo que bien podríamos denominar los «espacios» de contacto y experimentación que permitieron la involucración en la resistencia antifranquista, focalizando en los casos de aquellos individuos organizados en el partido de los comunistas. En estas líneas, pues, no hablaremos de los dirigentes, sino de los cuadros locales que consiguieron urdir un tramado comunista sobre el que crecería el partido a partir de los años sesenta.

## II.

Los cuadros locales y nacionales del Partido Socialista Unificado de Cataluña marcharon al exilio cuando en marzo de 1939 el partido dio la orden de evacuación. En el «interior», la victoria militar y política del régimen de Franco fue incuestionable y, consiguientemente, la derrota y desmoralización de los militantes comunistas, totales. El PSUC dejó de existir en ese período como organización autónoma y *de facto* se convirtió en la sección catalana del Partido Comunista de España.<sup>5</sup> Desde el mismo 1939 se intentaron reorganizar células en Cataluña mediante el contacto de individuos a menudo vinculados al PCE, pero detenido Enrique Sánchez, responsable de reorganizar el partido en el «interior»,

[...] se abre un período que durará hasta la primavera de 1941, casi dos años en que no existe Partido Comunista estructurado, sino comunistas dispersos,

<sup>3</sup> Arxiu Nacional de Catalunya (ANC), Fondo JAC, *Reunió regional JAC/JOC*, 10 de febrero de 1966, c. 63, p. 1. Todas las citas del texto han sido traducidas al castellano.

<sup>4</sup> Sin duda, de los mejores estudios sobre la supervivencia y readaptación de las redes sociales en la postguerra es Conxita MIR: *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de postguerra*, Lleida, Milenio, 2000. Por otro lado, una buena anatomía del quehacer de los movimientos de oposición en una zona rural puede hallarse en Antonieta JARNE: *L'oposició al franquisme a Lleida*, Lleida, Pagès, 1998.

<sup>5</sup> Antoni LARDÍN: *Obrers comunistes. El PSUC a les empreses catalanes durant el primer franquisme*, Barcelona, Cosetània, 2007, pp. 37-38.

dependiendo de sí mismos y sin esa orientación taxativa del leninismo según la cual hay partido cuando hay organización. No había organización, sino grupos de amigos, familiares y conocidos que se dedicaban a animarse mutuamente y que carecían de conexiones.<sup>6</sup>

En esa situación extrema, el primer instinto de todo comunista fue el de sobrevivir; evitar a toda costa ser capturado y, mediante el mantenimiento de su lugar de trabajo, garantizar su sustento vital y el de su familia. Para ello fueron imprescindibles los mecanismos de solidaridad entre los militantes que quedaron sobre el terreno. En un parte de FET-JONS, denunciaban que «se reunían clandestinamente elementos extremistas con el fin de cotizar para el Socorro Rojo Internacional», cuyo dinero —añadía otro parte— estaba «destinado a socorrer a individuos rojos que posiblemente merodean por los montes y bosques de la Comarca».<sup>7</sup> El SRI fue un puntal fundamental de ayuda a los refugiados, los presos y sus familiares. En otros casos, la ayuda a presos y sus familiares provino directamente de núcleos de militantes clandestinos que se constituyeron como PSUC, aunque sin mantener relaciones orgánicas con el partido en Francia. Así, en Girona fueron detenidos en abril de 1945 diversos comunistas que en «repetidas reuniones [...] iniciaron una labor de propaganda y proselitismo entre presuntos simpatizantes, que encubrían con un pretexto humanitario, al recaudar diversas cantidades entre los adheridos con destino exclusivo a los familiares de los que hubiesen sufrido privación de libertad por pertenecer o simpatizar con el ideario del mencionado partido».<sup>8</sup> El SRI potenciaba el contacto entre los comunistas que optaron por no exiliarse, o que bien no estuvieron a tiempo. Pese a que no hay constancia de que a través suyo se intentase reestructurar el PSUC, aquellos contactos entre militantes y sus familiares coadyuvó, sin duda, a crear unas primeras redes de relación clandestina sobre las que fue posible empezar a (re)organizar el partido. No obstante, la reconstitución del PSUC provino fundamentalmente de las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña, aunque no sería antes de 1947.

Información sobre las detenciones durante los años de postguerra nos indican que el elemento básico de socorro y solidaridad de aquel momento fueron las redes

---

<sup>6</sup> Gregorio MORÁN: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1984*, Barcelona, Planeta, 1985, p. 41.

<sup>7</sup> Parte de FET-JONS fechado el 6 de octubre de 1940 y parte policial fechado el 20 de abril de 1943, ambos recogidos en Antonieta JARNE y Pau JUVILLA: *El PSUC a les terres de Lleida, 1936-1986*, Lleida, Pagès, 2014, pp. 42 y 44.

<sup>8</sup> Sentencia 137, rollo 199, causa 64, fechada de 1950, recogido en Josep CLARA: *La primera oposició al franquisme. Els grups clandestins a la demarcació de Girona (1939-1950)*, Girona, CEHS, 2002, p. 68.

familiares, de amistad y, por supuesto, las militantes. Cuando un miembro de la JSUC fue detenido en 1945 alegó que «con motivo de la detención en el año 42 de toda la junta directiva [de la JSUC], huyó a Madrid, donde estuvo un mes, regresando a Lérida y ocultándose en casa de \_\_\_\_\_ un tiempo aproximado de unos 20 meses».<sup>9</sup> Alegó haber conocido a dicha persona en un campo de concentración de Valencia, sin llegar a delatarla. En efecto, en 1942 habían caído diecisiete dirigentes de las JSUC de Barcelona, tras lo que fueron desarticuladas diversas células de la organización en comarcas. Después de las caídas de 1942, la red clandestina comunista en Cataluña quedó extraordinariamente debilitada. Como dijera un militante de Gandesa, en «estas épocas, como se pude recordar, las caídas eran muy continuadas, faltaban muchos puntos de apoyo, faltaba mucha seguridad en la organización. Para consolidar una organización suponía unos pasos muy contados, muy difíciles de poder conseguirlo y claro, pues, la represión, la vigilancia era grande y las caídas se daba[n] con mucha facilidad».<sup>10</sup> Las acciones más primarias de resistencia fueron las de contactar unos con otros para, en la medida de lo posible, organizar grupos auto-reconocibles, aunque a menudo inconexos, sobre los que resistir las embestidas a las que les sometía la dictadura:

[...] en la ciudad de Gerona comenzó la reorganización clandestina del PSUC en el mes de mayo de 1943, formando la dirección del mismo, sin connivencia con elementos de Barcelona, Fernando Clara Dalmau y Jaime Rovira Vila, los cuales se dedicaron a *explorar entre sus ex compañeros de prisión* la voluntad de pertenecer a él, y después de algunos trabajos consiguieron la conformidad de Horacio Solés Roig y Juan Gimbernat Pedrosa, cocinero del restaurante de San Agustín, *en cuyo establecimiento se celebraron las primeras reuniones para cambiar impresiones*. En octubre del mismo año, el número de militantes llegó a diez o doce, acordando entonces formar la dirección del partido, [...] sin que ninguno de los componentes tuviera asignada una misión concreta, ya que la principal era la de *captar elementos y recaudar fondos para ayudar a los familiares de los rojos*.<sup>11</sup>

En aquel contexto, como en el periodo de la ocupación nazi de buena parte de los países europeos, el primer acto de resistencia fue la comunicación, cuyo «principio era comunicar, comunicarse, y en ese acto reconocerse no como uno, sino como muchos, actuar no como uno, sino como muchos».<sup>12</sup> Puesto que la situación de control

<sup>9</sup> Recogido en Antonieta JARNE: *L'oposició...*, p. 81.

<sup>10</sup> Arxiu Històric de Tarragona (AHT), entrevista a Leandro Saún Raffles (1983), militante de PSUC en Gandesa y Tarragona, c. 3, sig. 93.

<sup>11</sup> Informe policial recogido en CLARA: *La primera...*, p. 52. La cursiva es nuestra.

<sup>12</sup> Xavier DOMÈNECH: *Hegemonías. Crisis, movimientos de resistencia y procesos políticos*, Madrid, Akal, 2014, p. 72.

social y de gestión de la información bajo el franquismo era abrumadora, la difusión de contra-información por cualquier medio resultaba fundamental para el antifranquismo. En primera instancia, el militante comunista decidía a menudo aislarse de las versiones oficiales esgrimidas por el régimen: «he de decir que en las manifestaciones públicas [...] siempre lo he puesto en[tre] paréntesis, de tal manera que no leía ningún libro que hablase de la historia del franquismo, de la guerra, porque eran partidistas, igualmente la prensa, la radio, y todo esto eran tan partidistas que no hacía caso».<sup>13</sup> En segunda instancia, muchos comunistas contactaban con otras personas que pertenecían o habían pertenecido al partido o a formaciones políticas distintas pero que identificaban como *de los suyos* —republicanos, partidos obreros o sindicalistas, esencialmente. Antes del clima enrarecido que trajo consigo la Guerra Fría llegaron, incluso, a redactar conjuntamente proclamas políticas con, cabe suponer, escasa impronta social.<sup>14</sup>

En una carta enviada al comité comarcal de Esquerra Republicana de Catalunya del Baix Camp, los responsables del PSUC les instaban a trabajar conjuntamente, alegando: «El grado de autonomía que los respectivos estatutos dan a las direcciones comarcales o los simples grupos militantes, tanto de Esquerra como del PSUC permiten, con holgura, y mucho más teniendo en cuenta las condiciones de clandestinidad, nuestras conversaciones».<sup>15</sup> Era un momento en que se estaba aislado al PSUC políticamente como consecuencia de la Guerra Fría, pero, sobre el terreno, todo antifranquista debía sobrevivir y procurar tejer inconexos grupos y potenciar el contacto con militantes de cualquier partido para aunar fuerzas y resistir al franquismo. Así, en el Baix Empordà el PSUC mantuvo «algunas conversaciones con la Esquerra Republicana, y si bien están de acuerdo con la unidad, no se han querido comprometer en nada porque consideran que no es el momento [...]. Con la CNT hemos tenido conversaciones [...] bajo el aspecto de la unidad, habiendo muchos que quieren ingresar en el partido. Por lo que respecta al POUM, no existe» contacto alguno en la zona.<sup>16</sup>

---

<sup>13</sup> AHT, entrevista a Josep Vives Ciurana (1985), militante del PSUC de Tarragona, c. 6, sig. 177.

<sup>14</sup> ANC, Fondo PSUC, *Manifest d'adhesió a la República*, diciembre de 1946, c. 816, cp. 47. Se conservan manifiestos de las comarcas del Montsià, Baix y Alt Camp, todos ellos firmados —con nombres y apellidos— por militantes del PSUC, JSUC, CNT, ERC y Unió de Rabassaires.

<sup>15</sup> ANC, Fondo PSUC, *Carta del Comitè Comarcal del Baix Camp del PSUC al Comitè Comarcal del Baix Camp d'ERC*, 27 de febrero de 1947, c. 821, cp. 48.

<sup>16</sup> Informe interno del PSUC sin fechar que cayó en manos de la policía en abril de 1945 y que probablemente corresponde al mes de marzo; recogido en CLARA: *La primera...*, p. 58.

La militancia comunista bajo el franquismo estuvo intensamente mediatizada por la clandestinidad y esa fe en el «ideal», y no en la búsqueda de satisfacciones simbólicas o estrictamente materiales, como a veces se ha sostenido. La abnegación de la militancia, que a nivel local debía estar formada por los trabajadores «más honrados y mejor considerados» de cada municipio, resultaba fundamental para garantizar la eficacia de la organización. Era menester ser austero y una rígida conducta moral que se concretaba en la estabilidad familiar y la ausencia de vicios públicos o privados. Ese hecho no era solamente identitario, sino también operativo. Rogelio Iranzo —*Garín*—, uno de los responsables de la Agrupación Excursionista de Amposta, actuó como enlace con la guerrilla en la zona del Maestrazgo en los años cuarenta y realizaba otras actuaciones clandestinas menores con los militantes comunistas del pueblo, amparado en su actividad deportiva. Su «ejemplaridad» hacía que en un informe policial de 1952 se dijese que «durante la dominación marxista y después de la guerra de liberación carecía de ideología política, habiendo observado buena conducta». Aunque ello debe ser achacado a su corta edad, se añadía, sin embargo, que en aquel momento «no se le conoce actividad política alguna, observa buena conducta y está conceptuado como indiferente» pese a que «sus familiares más allegados son elementos destacados marxistas».<sup>17</sup> Un caso similar observó Óscar J. Martín en su estudio sobre Albacete, cuando el grupo fundador del PCE de Villamalea carecía de «actividades políticas» y «hechos delictivos de ninguna naturaleza».<sup>18</sup> Proyectarse como ejemplares y hacer proselitismo era considerado fundamental para la «conquista de los mejores y más combativos hombres y mujeres de nuestro pueblo, para hacer de ellos buenos combatientes de la democracia y del socialismo», según la propia prensa de orientación política.<sup>19</sup>

La difusión de información era considerada esencial, tanto para el PSUC como para sus militantes, quienes por lo general siempre mencionan con orgullo sus lecturas de *Treball* y *Mundo Obrero*. Fundamentalmente en aquellos años la tarea del militante se reducía a cotizar al partido, a leer y difundir su prensa entre otros militantes, aunque no siempre resultara un tarea sencilla. En Lleida-capital fue desarticulada en junio de

---

<sup>17</sup> AHT, Gobierno Civil, *Informe de la 232ª Comandancia de la Guardia Civil de Tarragona*, 1952, c. 1894.

<sup>18</sup> Recogido en Óscar J. MARTÍN: *A tientas...*, p. 91.

<sup>19</sup> Biblioteca Virtual de Prensa Histórica (BVPH), Prensa clandestina, Francisco ANTÓN: «Fortalecer el Partido, mejorar todo su trabajo», *Nuestra Bandera: Revista mensual de orientación política, económica y cultural*, nº16, marzo de 1947, p. 275.

1943 una célula del PCE formada por doce personas, tras ser detenido uno de ellos con nada menos que cien ejemplares de *Mundo Obrero*, «que distribuyó entre los demás componentes de esta capital». <sup>20</sup> En la Ribera d'Ebre, el comité comarcal pedía a la dirección del PSUC que detuviese el envío de ejemplares de *Treball*, ya que admitía no haber podido repartir toda la «prensa clandestina debido a las dificultades que ha creado la sequía [por lo que] nadie puede cotizar ni incluso pueden pagar el importe de dicha prensa alegando que el jornal no les llega ni para vivir, habiendo llegado incluso a tener que abandonar tierras y casas para ir en busca de trabajo». <sup>21</sup>

Las memorias de Màrius Pons nos muestran también la centralidad que la difusión de información del PCE y del PSUC tenía para sus miembros, así como la connivencia habitual con militantes de otros partidos. En la cárcel «[t]enía de vecino a Josep Pané, militante del POUM, intelectual y bastante luchador, con el que me puse de acuerdo para desplegar actividades de tipo cultural y político. Organizamos una escuela que, además de repartir cultura general, servía para despistar cuando hablábamos de política y se acercaban los vigilantes». Estando en presión, Pons empezó una relación epistolar con una refugiada comunista de Madrid: «En las cartas utilizábamos palabras en clave. En una me dijo que estaba en Lleida a las órdenes del Partido Comunista. Yo respondí que yo, también». Pese al infatigable control social y penitenciario, había espacio para la comunicación y la disidencia: «Una vez, camuflado en un paquete de ropa, me mandó *El capital* de Carlos Marx». <sup>22</sup> Era un proceso de contacto limitado, de difusión de información y propaganda también limitada, pero que suponía mantener en el imaginario de los militantes que seguía existiendo partido más allá de la derrota y que, por lo tanto, cabía la posibilidad de revertir la situación existente.

Resulta sorprendente la fluidez de la información y la permeabilidad relativa existente entre la calle y las cárceles en aquel contexto. A inicios de los años cuarenta Leandro Seún fue detenido y «[p]aso a la prisión, estoy allí, tengo contacto con mi partido. De fuera puedo recibir noticias, puedo recibir prensa por los medios que fuesen, con dificultades me entra *Treball*, *Mundo Obrero*. Se leían y hacían correr por la prisión en aquella época». Leer la prensa del partido no era sólo un acto político sino también

<sup>20</sup> Recogido en JARNE y JUVILLÀ: *El PSUC...*, p. 47.

<sup>21</sup> Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Nacionalidades y Regiones, Cataluña (PSUC), *Informació d'organització: Delegación Local del PSUC y Enlaces para los pueblos de Torre del Español y Flix y su Ribera*, agosto de 1949, jacq. 543, p. 1.

<sup>22</sup> Màrius PONS: *El Joan de Cal Cançons. Història i vivències d'un comunista*, Lleida, Pagès, 2003, pp. 62-64.

de reafirmación personal, y difundirla era entendido como una obligación moral del militante; es más, contribuir a su existencia era considerado una actuación de oposición al régimen y de solidaridad colectiva hacia otros compañeros. Las cárceles franquistas se convirtieron en una suerte de tribunas clandestinas y, gracias a la prensa, siguió viva la imagen entre los presos políticos que todavía existía el partido comunista, los cuales seguían cotizando sus cuotas como un acto más de resistencia: «Yo también en la medida de mis posibilidades respondí dentro de la prisión toda esa ayuda económica que yo podía hacer desde la prisión para asegurar que el *Treball* y *Mundo Obrero* se pudiesen publicar y naturalmente para las necesidades propias del partido».<sup>23</sup>

### III.

El compromiso político de los militantes con el partido era total, pues la familia del preso no quedaba desatendida gracias a su red de ayuda y en la información publicada el militante mantenía viva la imagen de una caída próxima de la dictadura. Había distintos grados de compromiso con el partido, pero éste solía seguir —en la medida de las posibilidades de cada cual— tras haber cumplido la pena. Cuando salió de presidio, Màrius Pons tuvo que realizar prestaciones de trabajo para el Estado. Sin embargo, pudo aprovechar su relativa libertad de movimientos para buscar nuevas fuentes de información alternativa y hacerla circular entre sus camaradas:

[...] hiendo a trabajar, al pasar por el lado de la torre de un payés escuché la radio. Hacía más de dos años que no escuchaba ninguna [...]. Atrevidamente, entré y pedí al propietario de la torre [...] si podía escuchar las noticias. Él accedió. Le pregunté si allí se escuchaba la Pirenaica y me contestó que él la escuchaba todos los días. Entonces le pedí si podía pasar a diario y no puso impedimento alguno. Le expliqué mi situación como preso político, y también que tenía la obligación de atravesar diariamente su finca. A partir de entonces, cada día traía un lápiz y una hoja de papel dónde escribía un resumen de las noticias de la Pirenaica. El resumen lo libraba a la célula del PSUC que actuaba clandestinamente en el campamento de Gardeny y en la calle.<sup>24</sup>

Radio España Independiente – Estación Pirenaica jugó un destacado papel en la resistencia antifranquista. Si bien la Pirenaica tenía una difícil recepción desde Barcelona, debido a las interferencias, en el resto de Cataluña devino en un puntal de información alternativo de primer orden; tanto para los comunistas, como para gente de izquierdas que necesitaban un medio de información alternativo al ofrecido por el

<sup>23</sup> AHT, entrevista a Leandro Saún Rrafales (1983), c. 3, sig. 93.

<sup>24</sup> PONS: *El Joan...*, p. 72.

Estado.<sup>25</sup> «Yo creo que mi forma de ser comunista nació con la Pirenaica. [...] A partir de entonces ya me puse en la cabeza contactar con el partido», recordaba un militante de Balaguer.<sup>26</sup> Cuando Pons salió en libertad condicional siguió actuando como enlace informativo para el PSUC, aprovechando una oferta que había recibido para trabajar en la propia cárcel: «Cuando me presentaba en la torre la Pirenaica ya se escuchaba, y encima de la mesa ya había también un blog y un lápiz para que yo pudiese hacer mis resúmenes de noticias que después distribuía entre la célula comunista de dentro y de fuera de la prisión».<sup>27</sup>

La esperanza por el desarrollo de la guerra en Europa había producido un aumento de las actuaciones de la guerrilla en el «interior», tratando de precipitar una intervención aliada en España. Sin embargo, la no-intervención de los Aliados tras la derrota del nazi-fascismo sumió a muchos en un gran desencanto. En un largo informe enviado al secretariado del PSUC desde Toulouse en 1946 se hablaba de los sabotajes que presuntamente se estaban dando en el «interior» por el hartazgo de la población, que no hacía más que «vivir pendiente de las radios inglesas o americanas».<sup>28</sup> Podemos dar crédito a esa desazón vital, puesto que no son pocos los testimonios que coinciden en ello: «la gente española lo que hacía, sobretodo después de la guerra, todos poníamos radio París, radio Londres, radio Moscú, para enterarse de qué pasaba fuera, de qué decían sobre España y de qué podían hacer. O sea que esto era una constante a todas las casas, veías que a escondidas, porque si era público a lo mejor te venían y... a más de uno le confiscaron la radio y les pagaron una paliza y los pusieron en la prisión por escuchar estas radios». Esa información era luego difundida y debatida: «Entre nosotros, hablando, entonces pues teníamos la esperanza de ver si se arreglaba una cosa u otra»,<sup>29</sup> y se mantenía, así, viva cierta esperanza que resultaba imprescindible para la implicación de los militantes en la resistencia contra el franquismo tras la Segunda Guerra Mundial. Otro militante comunista recuerda sus escuchas como uno de los pocos actos de oposición que entonces podía hacer, ya que a inicios de los sesenta en comarcas la «gente contraria al sistema nos limitábamos a escuchar Radio París, la

<sup>25</sup> Carme CEBRIÁN: *Estimat PSUC*, Barcelona, Empúries, 1997, p. 61.

<sup>26</sup> Entrevista a Felip Castell Papell (25 de noviembre de 1994), militante del PSUC en Balaguer. Recogido en JARNE y JUVILLÀ: *El PSUC...*, p. 89.

<sup>27</sup> PONS: *El Joan...*, p. 79.

<sup>28</sup> AHPCE, Nacionalidades y Regiones, Cataluña (PSUC), Informe al Secretariado del PSUC desde Toulouse, 7 de julio de 1946, jacq. 4, p. 12. Firma «E. Massip».

<sup>29</sup> AHT, entrevista a Josep Vives Ciurana (1985), c. 6, sig. 177.

Pirenaica i la BBC de Londres buscanto noticias que el aparato propagandístico del régimen se encargaba de silenciar».<sup>30</sup>

La Pirenaica no sólo difundía contra-información, sino que también orientaba a células aisladas que no podían establecer contactos con el comité central del partido en Barcelona. En Tarragona, por ejemplo, no existió una célula estructurada del PSUC hasta 1954. Su actividad pública era nula y su relación con otras organizaciones, inexistente. La Pirenaica sirvió, en ese caso, para dar orientaciones políticas a la cincuentena de militantes tarraconenses que publicaban un boletín interno llamado *Alerta*, de una tirada aproximada de veinticinco ejemplares.<sup>31</sup> Las precauciones impuestas por la clandestinidad condujeron a casos en que había varios grupos militantes autodefinidos como comunistas en una misma localidad. Tal fue el caso de una célula en la capital del Segrià, autodenominada «El único camino», que había organizado Antonio Chacón Jiménez —*Rubén*— en 1961 por su cuenta. En 1964 *Rubén* recibió *Mundo Obrero* de un compañero de trabajo a quien no conocía y de quien no se fiaba inicialmente. A los pocos días escuchó en la Pirenaica: «Atención, célula “El único camino” de Lérida. El compañero que os visitó tal día es de toda confianza»,<sup>32</sup> haciendo que ambas células pudieran unificarse. Lo mismo ocurría en el barrio de Bonavista, en Tarragona, donde los hermanos José y Manuel Arjona, junto con su cuñado Juan Aragón Crespo fundaron en 1959 un núcleo del PCE conectado únicamente con la organización en Francia, de dónde recibían *Mundo Obrero*. Hasta 1962 no pudieron conectar con otro grupo independiente de Torreforta y, hasta finales de año no hay constancia de la unidad de acción fehaciente entre dichos grupos. Su primera actuación fue denunciar la especulación del suelo que se estaba produciendo en el polígono industrial a través de la Pirenaica.<sup>33</sup>

Durante la oleada huelguística iniciada en Asturias en abril de 1962 el control informativo por parte del gobierno propició la búsqueda de información alternativa en los medios de comunicación extranjeros y de la oposición. El propio régimen reconocía

---

<sup>30</sup> Ventura MARGÓ: *La lluita per la democràcia: Lleida, 1960-1975. Records de Ventura Margó*, Lleida, Paeria, 1992, p. 39.

<sup>31</sup> Pedro A. HERAS: *La oposición al franquismo en las comarcas de Tarragona (1939-1977)*, Tarragona, Mèdol, 1991, pp. 24-25.

<sup>32</sup> Entrevista a Antonio Chacón Giménez (septiembre-octubre de 1992), militante del PCE procedente de Pruna (Sevilla) y posteriormente militante del PSUC en Lleida, recogido en JARNE: *L'oposició...*, p. 167.

<sup>33</sup> HERAS: *La oposición...*, p. 25.

que «la insistente falta de información, de lo que estaba ocurriendo, por parte de la prensa, radio y TVE, [...] provocó la escucha de emisoras extranjeras y la adquisición de prensa, especialmente, francesa, con sus conocidas parcialidad y enemistad hacia nuestro país».<sup>34</sup> Pese que se dudaba que la huelga hubiese estado auspiciada desde el «exterior» —reconociendo que las causas había que buscarlas en las precarias condiciones laborales y de vida de los obreros— sí se destacaba que «ha tenido gran relevancia la insistente campaña de las emisoras rojas que han provocado o, al menos, han creado la tensión o el ambiente propicio que les hizo creer, a estos hombres, [que] había llegado el momento de utilizar estos procedimientos subversivos para conseguir mejoras laborales».<sup>35</sup>

De la experiencia negativa derivada de ese silencio informativo —lo que Gómez Alén califica como una verdadera «batalla mediática»— saldría la Ley de Prensa auspiciada por el ministro Manuel Fraga Iribarne en 1966, destinada a ocupar esos espacios de información que había conquistado el antifranquismo. Las huelgas de 1962 habían elevado a la Pirenaica de manera definitiva en el medio de información, no sólo de los comunistas, sino del antifranquismo en general.<sup>36</sup> Gregorio López Raimundo, secretario general del PSUC, coincidía un año después en que «[e]l silencio de la prensa y radio franquistas sobre esta acción y las medida coercitivas de las autoridades y de los jerarcas sindicales se explica por el temor que sienten de que el conflicto se extienda».<sup>37</sup> Mostrando, pues, el potencial de socialización de las emisiones de la Pirenaica. Si bien la comunicación resultó esencial para el contacto y la organización de núcleos militantes dispersos, los contactos fundamentales, más duraderos y de mayor trascendencia para el PSUC y el antifranquismo se fraguaron en los espacios de sociabilidad popular, que vinieron a transmutar las relaciones entre los trabajadores, el partido y sus militantes.

#### IV.

---

<sup>34</sup> Arxiu Històric de Lleida (AHL), Gobierno Civil, Informe sobre el impacto de las huelgas de Asturias en las cuencas mineras de Lleida, 5 de julio de 1962, c. 1777, p. 2.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 5.

<sup>36</sup> José GÓMEZ ALÉN: “La Pirenaica: la subversión de las ondas”, en Rubén VEGA (coord.): *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, Gijón, Trea, 2002, pp. 93-139.

<sup>37</sup> ANC, Fondo PSUC, *Apoyemos a los huelguistas de Suria*, artículo de Gregorio López Raimundo retransmitido por la Pirenaica, s.f. [1963], c. 495, p. 1

El Nuevo Estado puso un esfuerzo manifiesto en el control de los espacios de sociabilidad popular mediante la creación de una extensa red asociativa vinculada al Partido Único. Los informes de FET-JONS y de la Guardia Civil dan muestra de una ingente movilización de recursos humanos por parte de la dictadura para controlar cualquier espacio que pudiese dar cabida o acogida a la disidencia política. Cuando un excombatiente republicano solicitó el permiso para la reapertura del bar que regentaba y que fue clausurado por haber sido el «Centro de Izquierdas» de Barbens, se alegaba:

[...] han manifestado las personas que han sido consultadas que a su juicio sería pernicioso y contrario a la Causa Nacional de que el citado Bar funcionase nuevamente ya que en el mismo sólo se podrían reunir los indeseables de este término por el motivo de que la citada familia sólo tiene amistades con los elementos extremistas y una prueba de ello lo demuestra que al clausurarse el mismo sólo había en el local de referencia 5 individuos 3 de ellos licenciados de la Cárcel y los 2 restantes destacados de izquierdas.<sup>38</sup>

Junto al integrismo religioso y el anti-izquierdismo endémico, los informes rebosan de clasismo y comentarios racistas. El siguiente expediente muestra, a parte de la vigilancia por parte de las autoridades, la implicación de la población civil en la delación de potenciales desafectos al régimen franquista: «Al pasar el último domingo [...] frente a la taberna [...] observó que si bien la puerta principal aparecía cerrada dentro de la misma se oía rumor de voces y se decidió a penetrar por una puerta de escape». El denunciante advirtió que «[d]ada la índole modesta del establecimiento, afluyen al mismo, gentes de baja condición social, tales como gitanos, mendigos y ferroviarios de condición humilde y [...] se apunta la posibilidad de que se haya podido hacer por la concurrencia algún comentario de carácter subversivo». Un informe posterior de la Dirección General de Seguridad zanjaba el asunto, asegurando que «en la taberna [...] se reunían ex-suboficiales del ejército y ex-ferroviarios, en las cuales se injuriaba al actual Régimen».<sup>39</sup> Ello nos muestra que los franquistas eran conscientes de la opresión de clase que estaba realizando su régimen, puesto que consideraban que en esos «bajos mundos» podía fraguarse una alternativa a su poder, por lo que convenía tenerlo vigilado de cerca.

El primer núcleo militante de Girona, como hemos mencionado más arriba, se reunía en la taberna San Agustín de la plaza Independencia. El hecho no pasó

<sup>38</sup> AHL, Gobierno Civil, *Expediente de José Perejuan Benet*, c. 574, leg. 144, exp. 74, informe fechado el 9 de octubre de 1940.

<sup>39</sup> AHL, Gobierno Civil, *Expediente de Estaqui Palau Alsamora*, c. 574, leg. 144, exp. 49, fechados respectivamente el 20 de mayo de 1942 y el 18 de noviembre de 1949.

desapercibido para la policía política, puesto que «la frecuente asistencia a él, de un individuo que, sin hacer consumición alguna, se reunía con el cocinero y ambos sostenían conversaciones reservadas»,<sup>40</sup> levantó sus sospechas. Finalmente, la policía acabó desarticulando una primigenia célula del PSUC en 1945 que, en efecto, solía reunirse en la parte trasera de dicha cantina.

La vigilancia extrema de bares y tabernas por parte de los franquistas, como vemos, no era por motivos infundados, puesto que se trataba de espacios de sociabilidad popular muy ligados a antiguos grupos republicanos, socialistas, anarquistas y, tras el inicio de la guerra, comunistas. Más que un sustrato ideológico concreto, se trataba de espacios regentados por trabajadores dónde solía discutirse sobre la carestía de la vida y se buscaban formas defensivas para paliar la ofensiva de clase que había significado el asentamiento de la dictadura. Por ejemplo, en el sumario sobre la detención de varios ferroviarios en agosto de 1945, es una buena muestra de ello:

[...] se habían celebrado reuniones, siendo la última en una taberna que existe en los alrededores de la indicada estación denominada «La Puñalada», y entre otros acuerdos, se tomó que todo aquel productor que aceptase trabajo por menos salario que el que estipulaban en las bases que [los obreros] trataban de formular, así como todo aquel que trabajase a deshoras y no se ajustase al horario normal y a la jornada de trabajo, sería lanzado a la balsa, así como se acordó que todo patrón que se negase a cumplir dichas bases, se tomaría represalias contra él mismo, llegando incluso si fuese necesario a ejercer la violencia contra su persona; acordándose que de haber necesidad y a fin de que todos los miembros de la patronal aceptasen las referidas bases el que se opusiera sería lanzado a la balsa [...] siendo ésta la única forma de contrarrestar las arbitrariedades que cometa la patronal, y de esta forma conseguir un riguroso censo que reparta la faena entre todos los productores, y esto aliviará la situación económica porque muchos atraviesan.<sup>41</sup>

Los acusados eran miembros de la UGT, JSUC y PSUC que intentaban reconstituir el sindicato. Alegaron que «no celebraron reunión alguna, sino que coincidieron en la taberna a la que iban a tomar unas copas, por lo que [...] no son legalmente constitutivos de delito alguno». Afortunadamente para ellos, sus militancias no fueron descubiertas gracias al gerente de la taberna y las autoridades decidieron absolver «a los procesados [...] del delito de reunión ilícita de que fueron acusados por el Ministerio fiscal».<sup>42</sup> Las pautas de sociabilidad popular y de clase que habían servido para aglutinar los componentes de grupos políticos de izquierdas en otros tiempos no

<sup>40</sup> Recogido en CLARA: *La primera...*, pp. 62-63.

<sup>41</sup> Sumario recogido en JARNE: *L'oposició...*, pp. 95-96.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 97.

eran válidos para luchar contra la dictadura, que requería disciplina y organización. Los comunistas entendían que muchas detenciones se producían por la persistencia de «restos de los viejos aparatos» del partido, que eran conocidos por la policía, y lo que denominaban peyorativamente «la alegría y la taberna»;<sup>43</sup> es decir, la falta de disciplina incompatible con formar parte activa de una organización leninista y la diligencia necesaria de militar en una célula clandestina bajo la dictadura franquista.

Si bien en los entornos de sociabilidad popular los militantes organizados podían conocer a aquellos susceptibles a militar en el partido, los contactos solían ser discretos y cerciorándose de no poner en riesgo la integridad de la célula y, con ella, la de sus militantes y, en última instancia, lo que consideraban como la única posibilidad para acabar con el franquismo. Es por ello que el contacto con nuevos militantes solía hacerse entre círculos de confianza —amistades o conocidos— a quienes se considerase los más aptos para militar. De los testimonios se sustrae que siempre solía utilizarse una técnica similar: primero se repartía algún ejemplar de *Treball* o *Mundo Obrero* y, si la acción era bien recibida, se solía citar al nuevo aspirante en algún establecimiento céntrico o en lugares públicos y concurridos. Por mera precaución, el procedimiento se repetía en diversas ocasiones hasta haberse cerciorado del compromiso y fiabilidad del nuevo militante: «Siempre había uno que te proponía y un par más que te avalaban. A mí, uno que ya era militante, de mi edad, me propuso y los que estaban me aceptaron».<sup>44</sup> Las temáticas a discutir en emplazamientos públicos eran necesariamente escasas, por lo que resultaba imprescindible la reunión clandestina de las células locales del PSUC en espacios privados —a menudo en domicilios particulares de los propios militantes, siempre al atardecer, pero también se hacían en el campo y las montañas.<sup>45</sup>

En Tarragona, que a finales de los cincuenta no llegaba a 50.000 habitantes, los comunistas se reunían en una pequeña librería de la calle Caballeros, en la parte alta de la ciudad.<sup>46</sup> Aunque lo habitual, como decimos, es que las reuniones tuviesen lugar en casas particulares. En Amposta, las reuniones las hacían «habitualmente en casa de

---

<sup>43</sup> ANC, Fondo PSUC, *Sobre el Partido*, 1948, c. 407, cp. 15, p. 2.

<sup>44</sup> Entrevista a E.T.A. (17 de junio de 2013), militante de la JCC de Amposta.

<sup>45</sup> Entrevistas a E.T.A. (17 de junio de 2013); a Francisco Alarcón (25 de julio de 1992), militante del PSUC en Lleida recogida en JARNE y JUVILLÀ: *El PSUC...*, pp. 96-97; a Victòria Campos Turon (22 de agosto de 2006), esposa de un militante del PSUC en Tortosa, en *Memorial Democràtic de Tortosa: Recuperació de la memòria històrica de la resistència a la Dictadura i de la construcció de la democràcia a Tortosa (1931-1981)*, Tortosa, Ajuntament de Tortosa, 2007.

<sup>46</sup> HERAS: *La oposició...*, p. 24.

Rogelio, el responsable político, se hacían la mayoría. Se hacían en casa de *Calaix*,<sup>47</sup> se hacían en otras casas, en una caseta en el campo que era de uno llamado Secundino Ferré, de alias *Amapola Roja*. [...] Y no íbamos todos a la vez. [...] Se llevaba un cierto control de seguridad pero tampoco tanta. En Barcelona se tenía que llevar más [cuidado], aquí no tanta; sí que estaba alerta la Policía y la Guardia Civil, pero no eran muy finos».<sup>48</sup> En el relato autobiográfico de Màrius Pons se explica con todo lujo de detalles las medidas de seguridad de las reuniones, así como el habitual discurrir de las mismas:

La actividad política clandestina me quitaba mucho tiempo. Teníamos que hacer reuniones pero nunca se sabía cuándo, cómo y dónde. A menudo las hacíamos en los bajos de mi casa. Para despistar a la Policía, uno venía a las ocho, otro media hora más tarde, y así sucesivamente. Las mujeres entraban por la puerta principal y los hombres, por la barbería que había bajo mi piso. Una vez reunidos, teníamos que tomar nota de todo lo que hablábamos para pasarlo después por la multcopista [...] De hecho, una de mis tareas dentro del PSUC era encontrar emplazamientos para realizar encuentros. Teníamos al menos cinco diferentes. En más de una ocasión nos habíamos reunido en mi torre de Arbeca, la Torratxa, con miembros del Comité Central de Barcelona, entre los cuales estaba Antonio Gutiérrez Díaz, *el Guti*. Llegar, sin embargo, era complicado. Siempre íbamos con el miedo en el cuerpo porque la Guardia Civil estaba continuamente alerta. Los camaradas de Barcelona venían en tren, y unos bajaban en la estación de Bellpuig, otros en la de Mollerussa y el resto, en la de las Borges. Yo tenía una furgoneta y los pasaba a recoger. La reunión se hacía en el piso de arriba de la Torratxa. Dos camaradas del pueblo, con escopetas de caza, hacían guardia por los caminos que conducían allí, el del Portell y el de Sanatüja. En caso de peligro debían disparar un tiro al aire, de manera que, en escucharlo, nosotros tuviésemos tiempo de quemar la documentación comprometida. Mientras estábamos reunidos, mi mujer preparaba la barbacoa y una lata de caracoles. Si venía la Guardia Civil, nuestra excusa sería que nos habíamos reunido para hacer una caracolada.<sup>49</sup>

Sin duda estamos entremezclando ámbitos de análisis relacionados con la sociabilidad popular y con la estructura orgánica del PSUC; pero es que era en ese cruce dónde el partido se nutrió de nuevos militantes y dónde puso las bases para su posterior crecimiento. Podían realizarse unos primeros contactos gracias a la frecuente coincidencia en bares y tabernas frecuentadas por trabajadores, para luego pasar al nivel de contacto que debía realizarse en espacios donde no levantar sospechas, como en las plazas públicas. Si el compromiso del nuevo aspirante continuaba, los contactos

---

<sup>47</sup> Joan Fuster —*Calaix*— era el responsable del frente campesino del PSUC en Amposta y uno de los fundadores de las Comisiones Campesinas y la Unió de Pagesos. Cf. FERRER: *Lluitadors...*, pp. 67-82 y 112-123.

<sup>48</sup> Entrevista a E.T.A. (17 de junio de 2013).

<sup>49</sup> PONS: *El Joan...*, pp. 100-101.

ulteriores se realizarían en espacios seguros alejados de miradas y oídos indiscretos. El nivel de relación personal devenía central en este punto. Pero, como vemos, el primer espacio de contacto no tenía tanto que ver con cuestiones ideológicas como de clase, puesto que los contactos con nuevos militantes necesariamente se realizaban con personas del entorno del militante comunista, en que los potenciales aspirantes se sociabilizaban. Quedaba reflejado en el testimonio del socialista Ramon Porquera: «en la clandestinidad la opción por una u otra organización obedecía a dos situaciones diferentes: o bien se seguía la tradición familiar, o bien era un poco fruto del azar/contacto personal con gente ya organizada».<sup>50</sup> Es por esa razón que el nivel dónde mejor podemos ver desarrollarse esa relación sería en los entornos laborales, dónde los trabajadores no actuaban esencialmente como comunistas, sino como obreros; hecho que cambiaría las pautas de relación interna del PSUC y pondría las bases para su desarrollo ulterior.

## V.

Si los bares y tabernas eran ambientes clásicos de sociabilidad obrera, los lugares de trabajo devenían los espacios por excelencia dónde los trabajadores socializaban y desarrollaban sus códigos culturales para evitar la represión patronal y del Estado. En una fábrica de ácidos tartáricos, situada en la pequeña población gerundense de Palau-Sacosta «trabajan unos 130 obreros aproximadamente, de los cuales 100 son de ideas izquierdistas contrarios al Régimen, entre los que se encuentra uno que fue Comisarios Político del Ejército rojo, otros han sido Oficiales y varios que se encuentran en libertad vigilada, residiendo sobre unos 7 en el pueblo de Salt». Se denunciaba que «[h]ace tiempo sin que se pueda concretar fecha, entre los mismos obreros se cantó *La Internacional* en el interior de la fábrica, demostrando en todo momento su descontento con el actual Régimen». El murmurado cántico se produjo en «ocasión de la manifestación de protesta del comunismo» organizada en el pueblo, a la que los obreros «demostraron apatía para asistir».<sup>51</sup> Seguramente no todos aquellos obreros eran comunistas, pero entendían que, de un modo u otro, los comunistas eran *de los suyos*; eran obreros como ellos y se encontraban entre ellos.

---

<sup>50</sup> Entrevista a Ramon Porqueras (s.f.), militante de la UGT y del PSOE, recogida en David BALLESTER: *Ramon Porqueras: l'heterodòxia militant. Un socialista contra Franco*, Barcelona, Fundació Josep Comaposada, 2011, p. 26

<sup>51</sup> Arxiu Històric de Girona (AHG), Gobierno Civil, *Comunicado de la Guardia Civil*, 11 de diciembre de 1946, c. 131.

Eric Hobsbawm reflexionó sobre esos puentes que unían a las distintas culturas políticas de la izquierda que, pese tener proyectos políticos bien diferenciados, todos entendían que la Unión Soviética —y, a través suyo, por extensión, de los partidos que la tenían como referente— era una suerte de «país de los trabajadores», aunque que no todos aspiraran a convertir su país en otra URSS.<sup>52</sup> Los códigos culturales y la solidaridad de clase eran preeminentes y seguían operando entre los trabajadores durante los primeros años del franquismo, pese a la ingente represión padecida. Esto acercaba a los comunistas a otros trabajadores ajenos al partido, no como miembros activos del partido comunista —cuya militancia no debía ser conocida por la plantilla— sino como un obrero más. Esa persistencia de la cultura obrera sería uno de los elementos claves de la supervivencia de grupos comunistas resistentes, pero, en su lenguaje, «para vencer», no bastaba sólo con ella.

A pesar que el régimen no podía erradicar el sustrato social y la cultura obrerista, aunque sí conseguir su anulación política mediante la represión, la reestructuración del PSUC fue tremendamente sincopada y dificultosa. Diversos informes de mediados de los cuarenta, destinados a conocer las fuerzas con las que contaban los comunistas en Cataluña, se detallaba la situación de los militantes existentes por ámbitos territoriales. Sin contabilizar los presos, en la segunda mitad de 1944 el PSUC contaba entre 800 y 1.000 militantes en activo en Cataluña, de los cuales unos 606 estaban en zonas rurales.<sup>53</sup> Aunque los números tienen un carácter aproximativo, podemos, sin embargo, dar crédito a la distribución territorial de la militancia y tratar de comprender las dificultades de aquel 67% del PSUC para superar sus propios círculos; una dificultad enorme, puesto que residían en entornos de mayor control social. La dispersión y heterogeneidad de la clase trabajadora en comarcas dificultaba, asimismo, su identificación como un grupo social auto-reconocible con intereses propios y comunes. A menudo los comunistas topaban con la tibieza de muchos trabajadores, más preocupados por mantener sus lugares de trabajo y evitar una asegurada represión que por lanzarse a peligrosas acciones políticas

---

<sup>52</sup> Eric J. HOBBSAWM: *Interesting Times. A Twentieth-Century life*, London, Abacus, 2014, p. 91.

<sup>53</sup> LARDÍN: *Obrers...*, pp. 52-53. Seguramente estas cifras comprendían al número de guerrilleros y otros militantes con los que no era posible entablar contacto, con lo que en la práctica deben considerarse no-operativos. En un informe más realista fechado en 1959 se contabilizaban 53 «militantes aislados» de un total de 165 en la Cataluña de comarcas, muestra del nivel de dispersión de los comunistas a finales de aquella década y, al mismo tiempo, una reestructuración eficiente en el cinturón industrial barcelonense, con más de un centenar de militantes. Datos extraídos de AHPCE, Nacionalidades y regiones, Cataluña (PSUC), *Numero de militantes por provincias en Cataluña*, noviembre de 1959, c. 63, cp. 4, pp. 1-6.

orientadas desde el «exterior». Después del cambio táctico de 1948, los sucesos de 1951 en Barcelona impondrían una nueva forma de relación entre el PSUC, los militantes y los trabajadores. Una relación que se consolidó en la nueva política de 1956 en adelante, año en que, además, el PSUC realizó su primer congreso y optó por trasladar su dirección al «interior». A partir de entonces se impuso una nueva estructura en el partido y se dio una mayor iniciativa política a los militantes para relacionarse con los trabajadores como clase y no necesariamente como comunistas, hecho que a su vez influenciaba en la política tomada por el PSUC. Aquel fue un primer paso en la consolidación de una presencia estable de los grupos comunistas en los entornos laborales, que resultaría imprescindible para extender la organización.

Y es que fue a partir de la relación entre clase obrera y antifranquismo que se pudo ultrapasar las redes relacionales existentes entre los miembros clandestinos del PSUC, que no pasaban de ser pequeñas células conspirativas, y optar por influenciar a miembros ajenos a los grupúsculos organizados. Pero eso ocurrió primero en las grandes áreas industriales para luego llegar a las ciudades de provincias y mucho más tarde a comarcas. En un informe del Gobierno Civil se hablaba idealizadamente del carácter agrícola de Lleida y del «nivel de vida elevado y casi homogéneo, en toda la geografía provincial, dada la buena calidad de sus tierras». Se admitía que «[d]entro de este panorama económico, existen, no obstante, centros laborales que aún en los momentos de menos tensión social en el resto del país, plantean cuestiones laborales, algunas veces con gran virulencia». Ello se debía a «la índole del trabajo, la idiosincrasia de los obreros, o la actitud que, en un momento determinado, pueden tomar las empresas ante las pretensiones de sus trabajadores». Las empresas, se decía, «reclutan sus obreros, en Andalucía o Galicia entre gentes que vienen a ganar unos jornales, en ocasiones elevados, a cambio de un trabajo realizado en circunstancias, muchas veces necesariamente, inhumanas. Obreros que en una gran proporción militaron en organizaciones marxistas, o que son campo abonado para cualquier subversión».<sup>54</sup>

Los mineros nunca han sido un segmento obrero significativo en Cataluña y su papel distaba mucho de ser el que era en Asturias —aunque las huelgas en el norte no pasaron inadvertidas para ellos. Si bien la oleada huelguística de 1962 tuvo cierta repercusión en las cuencas mineras leridanas y barcelonesas, su eco fue escaso en las

---

<sup>54</sup> AHL, Gobierno Civil, Informe sobre...*doc. cit.*, 5 de julio de 1962, c. 1777, p. 1.

comarcas de Tarragona. Según las autoridades tarraconenses, se debía a que «[e]l grupo asalariado, no tiene mucha importancia, porque a más de ser insuficiente, a excepción de Ribarroja y Flix, con más de 2.000 obreros, para integrar una masa apta para reacciones colectivas, se encuentra muy diluido en los distintos puntos de la provincia en los que desarrolla su actividad». De ahí el crecimiento tan desigual del PSUC en las comarcas tarraconenses. Además, la dispersión y heterogeneidad de «los grupos que integran la estructura laboral [...] tienen una aspiración distinta; y es precisamente en estas diferencias, que pueden parecer intrascendentes, en donde puede hallarse la posibilidad de conseguir una división en una masa que no tendría de común más que los efectos de la propaganda ejercida sobre ella». No obstante, se advertía que, finalizada la construcción de distintos complejos industriales en proceso, «podrá producirse la creación de un grupo asalariado con características propias, y que indudablemente habrá de ser tenido en cuenta».<sup>55</sup> No es extraño, pues, que el asentamiento del PSUC en la provincia fuese muy desigual y focalizado en zonas donde el proletariado era más numeroso.

Por otro lado, la aplicación de los convenios colectivos a partir de 1958 acabó con el *modus operandi* del movimiento obrero iniciado dos años antes, que tuvo su último episodio en las oleadas huelguísticas de 1962.<sup>56</sup> Una oleada que marcaría el final de una etapa y el paso hacia otra nueva, pero que dejaría al descubierto una nueva realidad que no pasó inadvertida para las autoridades. La de unos trabajadores sin pasado político que encabezaban las protestas, pero que, a su vez, estaban claramente influenciados por quienes vivieron la guerra y padecieron la represión de postguerra.<sup>57</sup>

[...] los hombres que trabajan en estas minas, como las de Mequinzenza, tienen, por lo general, antecedentes políticos contrarios al Movimiento Nacional; militaron en organizaciones marxistas y ocuparon cargos de responsabilidad durante el dominio rojo, influyendo en los jóvenes obreros que han sido los más exaltados y, aparentemente, los promotores de estos conflictos.<sup>58</sup>

---

<sup>55</sup> Presuntamente esta documentación del fondo del Gobierno Civil ha desaparecido del AHT. Las citas provienen de los extractos recogidos en HERAS: *La oposición...*, pp. 29-30, fechados probablemente a mediados de 1962.

<sup>56</sup> Xavier DOMÈNECH: *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid, Catarata, 2008, pp. 54-68.

<sup>57</sup> Un estudio sobre 157 biografías obreras revelaba que el 60% de los activistas en los sesenta eran represaliados o familiares de víctimas de la represión. Cf. Javier TÉBAR: “Contraindicaciones de la política de la victoria. Notes sobre repressió i identitat de la militància obrera dels anys seixanta”, en Pelai PAGÈS (dir.): *Franquisme i repressió: la repressió franquista als Països Catalans*, Valencia, PUV, 2007, pp. 362-377.

<sup>58</sup> AHL, Gobierno Civil, Informe sobre... *doc. cit.*, 5 de julio de 1962, c. 1777, p. 5.

Según se sustrae de la información a los detenidos por las huelgas, quienes estuvieron al frente de las mismas fueron aquellos demasiado jóvenes para tener antecedentes relacionados con la guerra: «de los tres individuos que más se habían destacado en alentar a las masas, [había] entre ellos uno con una camisa de cuadros, de unos veinte años [...], así como otro que llevaba una boina negra y quizás fuera el que más se destacó».<sup>59</sup> Así, por ejemplo, sobre José Pedro González, conocido por sus compañeros como *el Portugués* —un jornalero albacetense nacido en Algarbe que había militado a la UGT con anterioridad a la guerra, preso hasta 1944, marchó a trabajar a las minas leridanas en 1957—, se decía que «no ha demostrado actividad política y su conducta es buena». Fue detenido a instancia del propietario de la mina, puesto que «siempre que hay huelgas o alguna anomalía a reclamación en la mina se da de baja unos días antes, sospechándose pueda ser uno de los inductores de estas anomalías».<sup>60</sup> La Guardia Civil propuso su expulsión de España a raíz de su presunta participación como instigador de la huelga,<sup>61</sup> hecho que despertó la solidaridad de sus compañeros, que remitieron un escrito a las autoridades insistiendo en la «buena conducta laboral como personal» de González, así como del párroco de Escarp, que manifestó escuetamente por escrito al Gobierno Civil: «no tengo nada que oponer a su conducta».<sup>62</sup>

Ello nos habla de la importancia de los centros laborales, pero también de las tabernas en los pueblos, dónde los trabajadores formados en la cultura obrera previa a la guerra transmitían a las nuevas generaciones parte de sus experiencias y conocimientos. Según informes oficiales en relación a la huelga asturiana, en un primer momento el grueso de los trabajadores mostró un «absoluto desconocimiento o indiferencia a lo que ocurría en Asturias. Para el hombre de la calle, el minero asturiano es un ser díscolo, perpetuamente disconforme y que gozan de poco prestigio laboral». Sin embargo, la huelga se extendió por las cuencas mineras de Granja d'Escarp, Almatret y Mequinenza. No tanto por una estricta racionalidad económica, puesto que sólo

---

<sup>59</sup> AHL, Gobierno Civil, *Informe del Capitán Jefe de esta guarnición de Policía Armada sobre la intervención en la localidad de Granja de Escarpe con motivo de un conflicto laboral*, 6 de junio de 1962, c. 1777, p. 2.

<sup>60</sup> AHL, Gobierno Civil, “Relación de mineros que se han significado”, en *Informes de la Guardia Civil de la Granja d'Escarp*, junio de 1962, c. 1777, p. 6.

<sup>61</sup> AHL, Gobierno Civil, *Poniendo a su disposición a un detenido*, breve informe sobre José Pedro González remitido a la DGS en Madrid, 7 de junio de 1962, c. 1777.

<sup>62</sup> AHL, Gobierno Civil, “Los abajo firmantes productores de la mina...”, s.f. [junio de 1962] y “Don Marcelino Santistevé Pascual; Cura Económico...”, 6 de junio de 1962, c. 1777.

Mequinenza había protagonizado conflictos con anterioridad, en 1955, sino por lo que los informes llamaban «las condiciones en que [...] se desenvuelven las industrias y sus productores, [que] son muy difíciles de modificar por pertenecer a *su propia idiosincrasia*». <sup>63</sup> Aquella «idiosincrasia» propia se refería a un sustrato cultural de clase que no pudo ser contenido, canalizado ni erradicado y que guió la acción en 1962. Una cultura que se había adaptado a la excepción permanente que significaba el franquismo: los obreros «iniciaron el día uno de junio el abandono de su trabajo, pero permaneciendo en el interior de la mina» para minimizar los costes represivos, conscientes como eran que la ocupación de los espacios públicos podía considerarse un desafío político constitutivo de delito, mientras que un estricto conflicto laboral no. Al conocer las nuevas llegadas desde la mina de La Molinera, «las restantes minas de esta localidad intentaron solidarizarse y realizar paros semejantes». <sup>64</sup>

La coincidencia temporal de las generaciones formadas en la postguerra y aquella que llegó a la adultez a inicios de los sesenta, en unos espacios definidos como eran las pequeñas minas del Segrià, nos hablan de la relevancia de los entornos laborales en la cristalización de una nueva cultura de protesta que sería capaz de romper los diques psicopáticos impuestos por el terror de la postguerra: «Estamos dispuestos a morir», «no nos importa el fuego de las ametralladoras», «vamos a encerrarnos todos en las minas», «queremos vivir pues no podemos ni comer ni vestir», gritaban el centenar de personas que portaban comida y mantas a sus familiares, conocidos y amigos encerrados en la mina «Pilar IV», cercana a Escarp. El grupo estaba «compuesto en su mayor parte por niños y mujeres, entre éstas, algunas ancianas, y mezclados algunos hombres. [...] La actitud de los componentes de este grupo iba creciendo en rebeldía por lo que las Fuerzas descendieron paulatinamente de los vehículos interponiéndose en el camino de acceso a la referida mina». <sup>65</sup>

Que todo el pueblo se involucrase en el paro sería un rasgo común en los conflictos rurales, especialmente aquellos cuya actividad socioeconómica giraba entorno al sector en huelga. La solidaridad mostrada públicamente por trabajadores y vecinos polarizó las relaciones otrora coercitivas y a su vez paternalistas entre patronos y trabajadores, y se convirtió de manera creciente en un mecanismo contra la

---

<sup>63</sup> AHL, Gobierno Civil, Informe sobre... *doc. cit.*, 5 de julio de 1962, c. 1777, p. 2 y 6. La cursiva es nuestra.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 5.

<sup>65</sup> AHL, Gobierno Civil, *Informe del Capitán Jefe...* *doc. cit.*, 6 de junio de 1962, c. 1777, p. 1.

represión.<sup>66</sup> La síntesis de repertorios de protesta antiguos y nuevos conformaría los rasgos de la nueva cultura obrera que eclosionaría a lo largo de aquella década, al calor de la formación de una nueva clase obrera en regiones hasta entonces de escaso peso industrial. El relevo generacional que se produjo en la década de los sesenta transmutó las pautas de sociabilidad popular allende del territorio. Las zonas de mayor pujanza asociativa en comarcas no se mantuvieron ajenas a los cambios producidos en el seno del corazón industrial catalán: aunque con un *tempo* distinto, esas mutaciones llegarían y se adaptarían a cada realidad local, marcada a menudo por la heterogeneidad de las condiciones de clase y, necesariamente, de la propia cultura obrera.

## VI.

La síntesis cultural que empezó a emerger más claramente a inicios de la década de los sesenta se convirtió en un campo abonado sobre el que echarían raíces los partidos antifranquistas, especialmente los de izquierdas y obreros. El PSUC fue el que partió con mejores bases para asentarse entre el grueso de los trabajadores en comarcas, debido a su eficiencia organizativa, que le garantizaba una presencia en la mayoría del territorio catalán; por el referente simbólico de la URSS como contra-modelo para confrontarlo al proyecto franquista; y por contar con unos medios de comunicación que eran tenidos en cuenta por sectores que iban más allá de su base social tradicional. Para la clase obrera fue meritorio haber mantenido sus códigos culturales impermeables al asentamiento del régimen y haber, asimismo, logrado tramar amplias redes sociales basadas en la solidaridad y sociabilidad populares. Si bien no era posible enfrentarse al franquismo sólo a través de aquellas redes, el PSUC, como cualquier otro partido, no habría conseguido enraizar entre la clase trabajadora de no haber sido por ellas.

Alrededor de los trabajadores se articuló una sociedad civil autónoma sobre la que crecería la oposición al franquismo y sus partidos. A inicios de los años sesenta el PSUC había conseguido poner las bases organizativas, si bien aún precarias, sí estables, para que las sinergias del movimiento obrero organizado en puntos más movilizados del territorio —Asturias, Vizcaya, Barcelona...— conectaron con las expectativas de muchos que estuvieron en disposición a militar a finales de aquella década, momento en que el PSUC devino en ese «partido de masas clandestino» que da título a este escrito.<sup>67</sup>

---

<sup>66</sup> Rubén VEGA: “Acerca de la trascendencia de un conflicto obrero”, en Rubén VEGA (coord.): *Las huelgas de 1962*, Gijón, Trea, 2002, pp. 17-49.

<sup>67</sup> ANC, Fondo PSUC, *Cuestiones actuales de organización*, s.f. [1967-1968], c. 407, cp. 15, p. 2.

En el texto precedente nos hemos aproximado al quehacer de aquellas personas que decidieron reorganizar el PSUC bajo la dictadura franquista para enfrentarse a ella. En una primera etapa, la más dramática debido al elevado número de muertes, sólo se podía luchar por sobrevivir mediante la organización de la solidaridad. Evadir las cárceles, vejaciones y torturas y, a su vez, mantener el lugar de trabajo en un contexto en que se vivió una ofensiva de clase sin parangón en la historia de España, fue la prioridad de quienes acabarían militando en el partido de los comunistas. En aquel contexto se fueron tejieron redes de ayuda a presos y familiares sobre el sustrato de clase que el franquismo pudo contener por un tiempo pero no erradicar. El partido fue a menudo el medio a través del que se podía gestionar la solidaridad, instrumento que devino en fundamental para la supervivencia de los militantes antifranquistas. En un momento, además, que el margen de maniobra del partido era mínimo, los militantes seguían cotizando, leyendo y contribuyendo a la difusión de la prensa y el ideario comunista. Pero todo ello habría sido en balde si el franquismo hubiese conseguido su propósito de construir una sociedad desclasada únicamente regida por lo nacional español. Sin duda la siempre enarbolada «subversión» comunista, por parte de las autoridades, fue real, sin embargo, aquella no habría podido encontrar cobijo entre las clases populares de no haber persistido unas pautas insertas en la cultura diversa pero reconocible para sus miembros, conformada por siglos de luchas sociales.

## Bibliografia

- BALLESTER, David (2011): *Ramon Porqueras: l'heterodòxia militant. Un socialista contra Franco*, Barcelona, Fundació Josep Comaposada.
- BUENO, Manuel y GÁLVEZ, Sergio (eds.) (2009): «Nosotros los comunistas». *Memoria, identidad e historia social*, Sevilla, Atrapasueños.
- CABANA, Ana (2013): *La derrota de lo épico*, Valencia, PUV.
- CEBRIÁN, Carme (1997): *Estimat PSUC*, Barcelona, Empúries.
- CLARA, Josep (2002): *La primera oposició al franquisme. El grups clandestins a la demarcació de Girona (1939-1950)*, Girona, CEHS.
- DOMÈNECH, Xavier (2008): *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid, Catarata.
- DOMÈNECH, Xavier (2014): *Hegemonías. Crisis, movimientos de resistencia y procesos políticos*, Madrid, Akal.
- FERRER, Cristian (2014): *Lluitadors quotidians. L'antifranquisme, el canvi polític i la construcció de la democràcia al Montsià (1972-1979)*, Lleida, UdL.
- GÓMEZ ALÉN, José (2002): “La Pirenaica: la subversión de las ondas”, en Rubén VEGA (coord.): *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, Gijón, Trea.
- HERAS, Pedro A. (1991): *La oposición al franquismo en las comarcas de Tarragona (1939-1977)*, Tarragona, Mèdol.
- HERNÁNDEZ, Claudio (2013): *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, UGR.
- HERRERA, Antonio (2007): *La construcción de la democracia en el campo (1975-1988). El sindicalismo agrario socialista en la Transición española*, Madrid, MAGRAMA.
- HOBBSAWM, Eric J. (2014): *Interesting Times. A Twentieth-Century life*, London, Abacus.
- JARNE, Antonieta (1998): *L'oposició al franquisme a Lleida*, Lleida, Pagès.
- JARNE, Antonieta y JUVILLÀ, Pau (2014): *El PSUC a les terres de Lleida, 1936-1986*, Lleida, Pagès.
- LANERO, Daniel (ed.) (2013): *Por surcos y calles. Movilización social e identidades en Galicia y el País Vasco (1968-1980)*, Madrid, Catarata.
- LARDÍN, Antoni (2007): *Obrers comunistes. El PSUC a les empreses catalanes durant el primer franquisme*, Barcelona, Cosetània.
- MARGÓ, Ventura (1992): *La lluita per la democràcia: Lleida, 1960-1975. Records de Ventura Margó*, Lleida, Paeria.
- MARTÍN, Óscar J. (2008): *A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977*, Madrid, Catarata.
- MIR, Conxita (2000): *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de postguerra*, Lleida, Milenio.
- MORÁN, Gregorio (1985): *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1984*, Barcelona, Planeta.
- ORTEGA, María T. (2003): *Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1936-1977*, Granada, UGR.
- PONS, Màrius (2003): *El Joan de Cal Cançons. Història i vivències d'un comunista*, Lleida, Pagès.
- TÉBAR, Javier (2007): “Contraindicaciones de la política de la victoria. Notes sobre repressió i identitat de la militància obrera dels anys seixanta”, en Pelai PAGÈS (dir.): *Franquisme i repressió: la repressió franquista als Països Catalans*, Valencia, PUV.
- THOMPSON, Edward P. (2012): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing.
- VEGA, Rubén (2002): “Acerca de la trascendencia de un conflicto obrero”, en Rubén VEGA (coord.): *Las huelgas de 1962*, Gijón, Trea.